

**SABAÑONES**

Mi doctora ya no sabía qué hacer conmigo. Mis manos se empeñaban en plagarse de algo tan anacrónico como sabañones cada invierno desde hacía años. Y cada año me recetaba una crema que aliviaba un poco los picores pero que no impedía que a media noche me despertara rascándome compulsivamente, en el gotelé de mi habitación. Amanecía con las manos hinchadas, sin poder cerrarlas y ni los guantes, ni los cuidados, ni los remedios de la abuela lograban paliar esa lucha diaria para evitar restregarlas contra cualquier superficie que estuviera a mi alcance: paredes, ropa, cremalleras, barba de tres días... daba igual. Inconscientemente las frotaba hasta que el dolor se hacía insoportable.

Recuerdo aquella temporada en la que, de tantos que me salieron, acabaron por desgarrarme la piel como una sandía madura. Entonces, mi doctora, me envió al HUF, a ver si allí lograban diagnosticar el porqué de aquella cosecha invernal que amenazaba con destrozar mis articulaciones.

En el hospital llevaron mi caso en medicina interna. Empezaron los exámenes, las preguntas, las consultas cada uno o dos meses. Interminables. Nada concluyentes. Mis manos se empeñaban en resistir a la certeza. Especialistas de toda índole no encontraban la manera de aportar dato alguno que diese con la clave. No era culpa suya. Mi cuerpo siempre ha sido muy rebelde y no iba a ser menos en esta ocasión. Aunque las cosas iban a cambiar radicalmente y mucho antes de lo que imaginaba. En plena pandemia, uno de los doctores que me trataba, el que más empeño había puesto en resolver mi situación, estaba desesperado y frustrado a partes iguales. Me hacía las preguntas de rigor sin esperanza alguna, pero fue una de aquellas cuestiones, infructuosas hasta ese momento, la que lo cambió todo, "¿algún bulto?", y le respondí que sí, que me había salido uno en el abdomen pero que como no me molestaba, no le había dado importancia, que bastante había en el mundo ya como para preocuparme por tan poca cosa. Allí mismo, en un ecógrafo, la pantalla reflejó en el rostro del doctor una preocupación genuina. Te voy a ingresar, me dijo, porque no puedo determinar la naturaleza de los bultos que estoy viendo y la manera más rápida de descartar es un TAC de contraste, ya que, tal y como están las cosas, no puedo pedirte una prueba normal y el tiempo juega en nuestra contra. Era la primera vez en mi vida que escuchaba una palabra sin que nadie la hubiera pronunciado: cáncer.

Parece mentira que hayamos casi olvidado las PCR, el confinamiento, la falta de contacto, la escasez de abrazos, las mascarillas; pero allí estaba yo, esperando solo en mi casa, durante dos días, a que me dieran el visto bueno para el ingreso. Y me lo dieron.

Las pruebas determinaron muchas cosas y todas inesperadas. Fui para analizar unos bultos y resultó que fueron el menor de mis problemas porque, a la larga, no me supusieron ningún inconveniente. De hecho, aún deben de estar por aquí. Aunque ya no veo al único que asomaba a la superficie. Cosas de la edad y los kilos. Sin embargo, lo que sí tenía era una anemia de caballo, el hígado tocado y algo que no debería estar ahí con mi edad: mi próstata brillaba, y eso no era bueno.

Nunca olvidaré mi primer tacto rectal. Unos minutos antes de darme el alta, un urólogo y una uróloga en prácticas decidieron hacerme una visita para comprobar a la vieja usanza si aquel imposible era cierto. A pesar de que provengo de la generación del supositorio, nunca se está preparado para ese momento, pero lo acepté con resignación y con la vana ilusión de que no encontrarán lo que habían venido a buscar, pero lo encontraron. En menos de tres días, mis manos pasaron a un segundo plano y cedieron el protagonismo a la sangre, el hígado y la próstata.

Solo quería salir de allí, empezar a asumirlo, respirar profundamente y contemplar los tres campos de batalla que se habían abierto ante mí. ¿Sería lo suficientemente fuerte? ¿Cómo se lo iba a contar a mi familia? ¿Cuándo terminaría todo aquello? ¿De verdad tenía cáncer? Pero si yo me sentía genial. ¿Por qué yo? ¿Qué había hecho para merecer aquello?... en fin. Todas esas preguntas que se agolpan a tu alrededor cuando algo malo te acecha. No quise llorar; si lo hacía, me derrumbaría, y necesitaba toda mi energía para sanar, para recuperarme, para sobrevivir.

Ese día empezó para mí una lucha que aún continúa: la anemia se fue como vino, no sin antes disfrutar de la compañía de las primas escopia, la dulce colono y la gentil gastro; el hígado sigue con su anormalidad controlada; y la próstata..., bueno, eso es otra historia. Después de varios meses y una de las pruebas más desagradables que me han practicado nunca, al final me diagnosticaron sin error lo que ya sabían que tenía. Desde entonces, llevo casi cuatro años sufriendo las consecuencias de vivir sin ella y con una recidiva reciente que me obligó a treinta y siete sesiones de radioterapia. Me siguen vigilando. Cómo no. El cáncer, cuando llega, nunca se marcha del todo. No me puedo quejar. Puedo hacer vida normal, y eso es mucho decir.

Pero ¿y mis manos? Empecé este relato hablando de ellas. Pues aquí siguen, floreciendo de sabañones cada vez que el frío asoma; pero si he podido superar todo lo que me pasó, me pasa y me pasará, cómo no hacerlo con algo tan nimio.